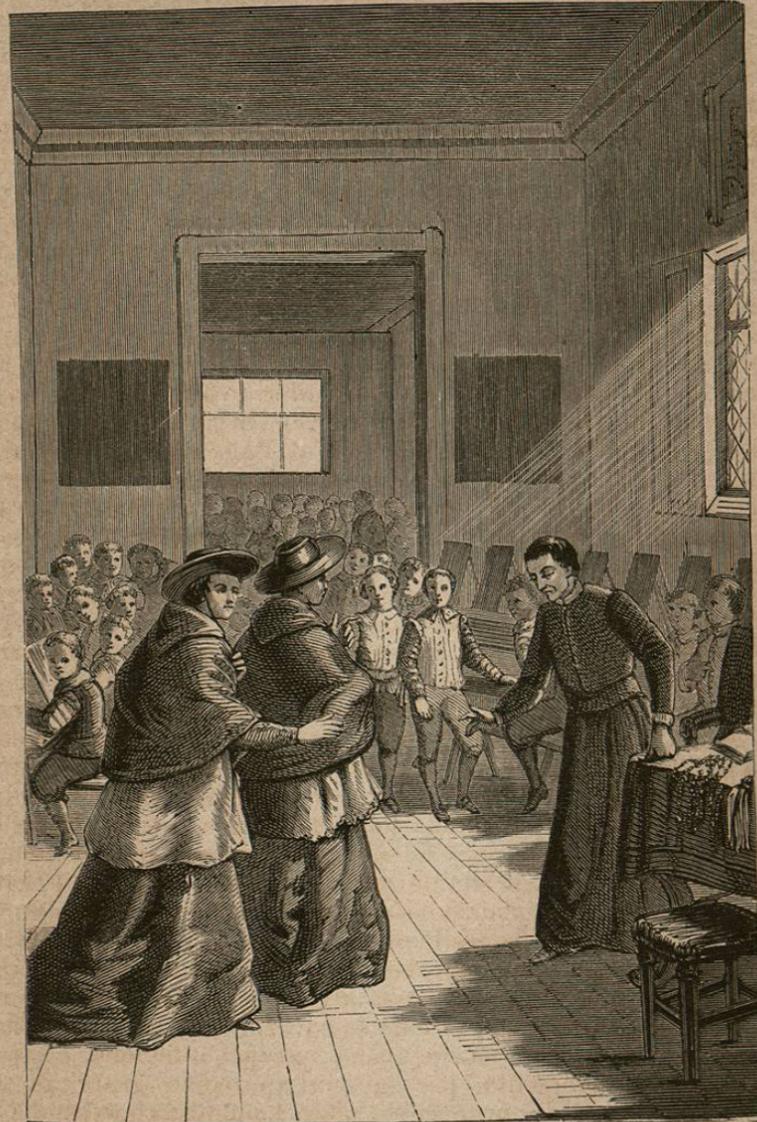


la intención de establecer aquellas Escuelas, pero que se lo habían impedido las preocupaciones con la guerra de los turcos en Hungría, y las discusiones de los príncipes cristianos, y añadió: «Nos consideramos feliz en que os haya escogido Dios para esta »Obra, y estamos altamente satisfecho: manifestadnos vuestras »necesidades, y procuraremos proveer á todas ellas. Queremos »visitar personalmente vuestras Escuelas.» Absorbido por los negocios, no pudo satisfacer inmediatamente sus deseos el Papa, pero en su nombre envió al Cardenal Silvio Antoniani y al célebre Cardenal Baronio que era la gloria del Sacro Colegio por su ciencia y por su virtud. Examinaron las Escuelas hasta en los más insignificantes detalles, vieron aquellos centenares de niños perfectamente disciplinados, y maravillosamente formados en la piedad y en las bellas letras. Fueron testigos de la caridad de José que daba gratuitamente á los alumnos pobres todo cuanto necesitaban en las clases, pagando y dando de comer á gran número de Maestros, y además el alquiler de aquella gran casa. Prometió Antoniani diez escudos mensuales para atender á tanto gasto, y, vuelto al Vaticano, contó al Papa todo lo que había visto, y con tanto entusiasmo, que el Papa ordenó á su limosnero que diese cada año doscientos escudos para el alquiler de las Escuelas Pías, resolviendo erigir en Congregación Religiosa la Sociedad que había autorizado antes verbalmente. Mgr. Vestri fué encargado de comunicar á José aquellas buenas noticias, y le recomendó que preparase un proyecto de Constituciones que comprendiera todo lo que creyera más conveniente y conforme con aquel género de vocación. Había llegado José al colmo de sus deseos; pero ya se aproximaban también las persecuciones.

A los maestros de las Escuelas de Roma, tan irritados contra nuestro Santo, se unieron bien pronto los mismos maestros que José había pagado, pero á los cuales se vió en la necesidad de despedir. Con desconfiada solicitud velaba por la pureza de costumbres de sus niños, y había echado de su casa á algunos profesores indignos de su ministerio y de su confianza. Fueron aquellos los más encarnizados enemigos, culpando á su Superior de las faltas de honestidad de que se habían hecho culpables ellos mismos. Había prohibido José á sus maestros recibir de los niños ó de sus padres cosa alguna, ni aún á título de regalo; en este punto era extrema su severidad, y se comprende la razón que tenía; la más pequeña excepción hubiera destruído su regla fundamental por la cual aparecían gratuitas sus Escuelas. Uno de sus profesores, sabio humanista que estaba al frente de una clase de nobles, muy floreciente, había aceptado de uno de sus alumnos un librito, el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Quiso nuestro Santo que sirviese de lección para los demás, aunque quizá, á pesar de su ciencia, le había dado ya otros motivos de disgusto aquel maestro. Le hizo llamar inmediatamente, y le dijo: «Sirvase usted buscar otra casa y otro empleo, pues no es usted para nuestra Congregación. Si quiere

M<sup>o</sup> BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

Siendo S. José de Calasanz de 47 años le visitan las Escuelas dos Cardenales por orden del Papa.

usted comer aquí, puede hacerlo: pero no puedo permitir que viva usted en la casa». Se excusó diciendo que había temido ofender al sobrino de un cardenal, si no recibía el obsequio; pero José fué inexorable.

Reuniéronse todos los descontentos, y presentaron al cardenal Borghese que acababa de ser nombrado Vicario del Papa, un memorial lleno de las más atroces calumnias contra Calasanz y contra las Escuelas Pías. Hacia muchos años que el cardenal conocía á José: había visitado con frecuencia sus Escuelas para su edificación propia, y sabía bien á qué atenerse. El memorial no le impresionó en lo más mínimo: y aun le surgió la idea de emplear á Calasanz en una obra grande y difícil que le había encargado Clemente VIII. Debía escoger algunos hombres distinguidos por su virtud y por sus talentos para restablecer la vida común en algunos Monasterios de mujeres que se habían olvidado de sus Constituciones. Con las licencias de confesor extraordinario de religiosas comenzó su misión José en el convento de San Silvestre. Consiguió su objeto con gran satisfacción de aquellas señoras que declaraban que su convento era un Paraíso. Entusiasmado el cardenal con tan pronto y tan feliz resultado, le envió con las mismas licencias al Monasterio de las Benedictinas de Campo Mario: después, por orden del cardenal Marcelo Santi, fué para informarse del espíritu de las Religiosas Descalzas de Santa Teresa, que vivían en opinión de santidad en el convento de San José. A satisfacción de todos cumplió con aquellas delicadas funciones Calasanz, y tal fué el efecto producido por las atroces calumnias acumuladas contra él: pero no había de suceder siempre lo mismo.

Sin desalentarse aquellos malvados, presentaron al Papa un memorial todavía más terrible que el primero. En las Escuelas Pías se enseñaba á los niños los errores más perniciosos contra la fe, y los maestros por ignorancia ó por malicia, corrompían las costumbres de sus alumnos. Iba dirigido con habilidad especial: en Roma ha habido particular desconfianza en estos dos puntos, sobre todo en aquella época en que hacía tantos esfuerzos el veneno de la herejía para infiltrarse en la Ciudad Santa: pero era una infame acusación. Algunos hechos ó pormenores relatados en aquel memorial pudieron ser verdaderos: queremos creer que lo fueran: ¿qué probarían aquellos hechos aislados? En todo tiempo ha habido Judas aun en las sociedades mejor organizadas. La sola connivencia del Superior hubiera sido criminal, y sabemos lo delicado que era José en este asunto, y cómo despedía sin contemplación de ningún género á los culpables: y precisamente eran aquellos culpables los que le acusaban.

Afligido en extremo quedó Clemente VIII con tales denuncias, porque amaba tiernamente la nueva obra, y deseaba ardentemente que resultase inocente. Hizo llamar á los cardenales Antoniani y Baronio encargados por él, hacia dos meses, de visitar las Escuelas Pías, dióles á conocer las acusaciones, y les

dijo: «Quizá, como esperaban vuestra visita, hayan modificado su conducta: id de improviso, sin avisarles; informaos exactamente de la conducta de los maestros, y traedme entera y cierta relación de todo». Ejecutaron puntualmente los cardenales las órdenes del Papa: asistieron á las clases, preguntaron con solicitud, oyeron las lecciones de catecismo, reconocieron con minucioso cuidado las habituales prácticas de piedad, la manera de obrar de los profesores, sus costumbres y sus aptitudes. Bajo la inspiración de San Carlos Borromeo había compuesto el cardenal Antoniani un excelente tratado de educación cristiana, y quedó muy satisfecho al ver que habían superado allí su método. Aquella visita le hizo amar más tiernamente aquella obra admirable, y á su muerte que sucedió el 19 de agosto del mismo año 1603, legó doscientos escudos de oro á sus queridas Escuelas Pías: y el año siguiente les dió otros cien el cardenal Tagliavia, de los duques de Terranova. Retiráronse los dos Visitadores tan edificados como consolados ante la buena conducta y fe cristiana de los niños y de los maestros. Adivínase la relación que harían al Pontífice, y lo satisfecho que éste quedaria. Aquellas denuncias tuvieron un resultado maravilloso, y para evitar en adelante molestias de la misma índole, ordenó el Papa que se pusiese á aquella Sociedad bajo la inmediata protección de la Santa Sede, y que se preparase el Breve de su erección en Congregación Religiosa.

Mas no quedaron completamente desesperanzados los enemigos de José, porque contaban todavía con otras tan ruines maldades. Fuéronse al Rector de la Universidad Romana, llamada *La Sapienza*: expusieron que, nombrando y quitando Maestros Calasanz, usurpaba su autoridad y jurisdicción. En efecto, no podía abrirse Escuela alguna, ni podía tampoco enseñar ningún Maestro, sin el competente permiso del Rector de la *Sapienza*: era uno de sus indispensables privilegios. Lo comprometieron á emplear su autoridad para cerrar las Escuelas, y á no autorizar á los Maestros sino después de riguroso examen, para de esta manera hacer respetar su autoridad, que pronto quedaria reducida á la nada, si se propagaba aquel pernicioso ejemplo. Conocidas son las pequeñeces y pobreza en el espíritu de Corporación: era aquello dar en lo vivo al Rector, que ya había pensado en lo mismo. Pero, como fiel súbdito, sabiendo que el Papa había autorizado á José para abrir las Escuelas á su gusto, y para escoger los Maestros, no quiso atender á aquellas quejas, y el asunto quedó sin resolución. Pero amontonábanse poco á poco aquellas pequeñas tempestades, y sabido es que esas quejas repetidas concluyen como las gotas de agua por formar grandes nubarrones que se hacen terribles, cuando estallan al fin.

Curado José de su enfermedad, obligáronle sus hermanos á volver á su antiguo cargo de Superior: habían consentido en nombrarle provisionalmente un vicario, nunca se propusieron

darle un sucesor. Hubiera probablemente resistido José, pero le había ordenado el Papa que lo preparase todo para la aprobación de su Instituto, y le eran indispensables las iniciativas de Superior; por consiguiente cedió ante aquella grave consideración.

En el año 1603 componiase de diez y ocho miembros la Comunidad: cinco de ellos no recibían sueldo, y ellos mismos pagaban una pensión; doce no contribuían con nada; de estos últimos había algunos que recibían sueldo, y otros, que vivían en la ciudad, no acudían sino á las clases. La vida de la casa estaba ordenada de este modo, Todos obedecían á un Superior llamado Prefecto: formaban su Consejo dos Consultores y un Presidente de la Oración: los Maestros tenían oración mañana y tarde en el Oratorio. Antes de comer hacían el examen particular, y en la noche, el examen general, rezando las letanías de los Santos con otros ejercicios espirituales y algunas prácticas de mortificación. La mesa era frugal, pero se daba lo suficiente: jamás soñó nuestro Santo con imponer á los demás las privaciones que se imponía á sí mismo. Ayunaban todos los viernes y más severamente en las vigiliias de las Fiestas de la Santísima Virgen.

Rezaban los niños al comenzar y terminar las clases, y siempre que sonaba el reloj, esto es, á todas las horas y medias horas, y se hacían los actos de las tres virtudes teologales y el de contrición. Constantemente y por turno pasaban doce alumnos media hora ante el Santísimo Sacramento. El Presidente, ya hemos visto que era entonces el P. Gelio, los instruía, y les hacía rezar las oraciones. Al fin de cada clase había una breve exhortación que confirmaba el Profesor con algunos ejemplos. La ocupación de la mañana comenzaba á las seis rezando una parte del Oficio Parvo, y algunas oraciones á intención del Soberano Pontífice y por las almas del Purgatorio. Todos los sábados antes de terminar las clases había una instrucción religiosa en común. El día se empleaba en las escuelas con el estudio de la Gramática y demás conocimientos humanos hasta las Humanidades y la Retórica. Los ejercicios eran iguales para todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, y lo más notable era aquella mezcla de todas las clases sociales en época tan aristocrática. No lo tolerarían, como no lo toleran nuestras costumbres tan demócratas, y ya se ha visto que no ha hallado eco la hermosa tesis de Mgr. Dupanloup sobre la reunión de todas las clases sociales, y sobre sus ventajas en los Seminarios de segundo orden (1) (a).

(1) Este es mi pensamiento: en los Seminarios de 2.º orden debe haber igualmente y sin distinción de ningún género, ricos y pobres: y si, así no se hace, será tan perjudicial á los pobres como á los ricos; porque los ricos son útiles á los pobres, y los pobres no lo son menos á los ricos. (De la Educación. Tomo I. pag. 353) (a) Los franceses les llaman pequeños Seminarios; les Petits-Seminaires: hemos creído más conveniente traducir Seminarios de 2.º orden (N. del traductor).

Recomendaba San José á los Maestros que fuesen muy suaves los castigos impuestos á los alumnos, queriendo que la emulación reemplazase al temor. Método excelentísimo, demasiado poco comprendido en muchos Colegios, donde están graduadas y determinadas como en el Código todas las faltas. Gustaba más de darles grados, honores y premios, siendo á sus ojos el mayor castigo no haber tenido ninguna recompensa: lo que no dejaron de comprender pronto y bien los alumnos. Sin embargo, no dejaba de castigarse á veces, porque en todo Reglamento debe haber una sanción penal, que no faltan entre los niños perversas inclinaciones: el Espíritu Santo ha dicho: «La vara en la espalda de aquél que es falto de cordura» (1) Lo cual fué causa de nueva persecución.

Hábilmente cambiaron de táctica los enemigos de José, que habían fracasado ante el Cardenal Vicario, ante el Papa y ante el Rector de la Universidad de la *Sapienza*: Se dirigieron á los palacios de la nobleza difamando las Escuelas Pías. A unos pedían los temas corregidos, y hallaban los temas admirablemente bien hechos, y absurdas las correcciones: los Maestros que los habían corregido eran ignorantes hasta lo sumo, incapaces de educar á sus hijos. Sin más examen aceptaba aquel fallo el amor propio de los padres. Además era evidentemente pernicioso el espíritu de las Escuelas Pías, donde más se atendía con frecuencia á la clase humilde, enseñándola á levantarse contra la clase noble. Aquel desbarajuste de los niños podría traer los mayores peligros, pues se rebajaba á los más elevados, para conseguir aquella igualdad quimérica, mientras se privaba á la sociedad de buenos obreros y de artesanos útiles, para hacer hombres superficiales, que arrebatarían un día todas las carreras reservadas hasta entonces solamente á los nobles. (2) Sobre to-

(1) *Et virga in dorso ejus qui indiget corde.* (Prov. X, 13).

(2) Siempre ha presentado las mismas objeciones el temor á la competencia. Véase lo que me escribían á mí mismo á propósito de nuestras Escuelas de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, enteramente semejantes á las de Calasanz: ¿Qué va Ud. á hacer con sus alumnos? ¿Qué hombres nos prepara usted? No se engañe Ud.: saldrán hombres sin oficio ni beneficio, y superficiales como todos esos que forman las levas del ejército revolucionario. Se forja Ud. ilusiones comparando tiempos que no tienen entre sí relación alguna, y los siglos cristianos con el nuestro. Dé Ud. al pueblo y á los hijos de los obreros para los cuales se ha fundado exclusivamente esa casa, la educación primera y nada más: y á mi parecer nunca serán muy numerosas sus Escuelas. Pero querer fundar un Establecimiento secundario, buscar usted mismo á esos hijos del pueblo para darles una instrucción que no han de poder sostener después ellos, y que no podrá defenderlos contra las tentaciones del orgullo, es no sólo la ruina de su Obra, es en sí empresa funestísima: Hará Ud. bachilleres: ¿es que tenemos pocos? Ahí está con toda su fuerza la objeción según la cual había de cerrar nuestras Escuelas de latín compuestas cada año de una veintena de jóvenes. Si así lo hubiéramos hecho, nuestra Diócesis hubiera tenido una docena de sacerdotes menos, nuestra sociedad hubiera perdido seis de sus mejores talentos, y ante las tiranías de la Universidad, hubiera quedado suprimida inmediatamente nuestra casa, si cada año no salían de ella seis bachilleres para cumplir las condiciones legales.

do, parecíanles verdadera infamia los castigos: no se hacía diferencia alguna entre los hijos de los principales caballeros de la ciudad y los de los plebeyos, castigando á todos igualmente sin considerar que un mismo castigo no tenía importancia alguna impuesto á un artesano, mientras era sangrienta deshonra para la familia de un patricio.

Con mucha habilidad se dirigían estas quejas á personas capaces de escucharlas. Pronto comenzaron las continuas visitas de los padres: y las explicaciones con los maestros eran altaneras, á veces injuriosas. Llegaron á tal punto las cosas que conmovieron á Mgr. Vestri, asiduo huésped de las Escuelas. Su ministerio le obligaba á acompañar constantemente al Papa, y el Papa le pedía con frecuencia noticias de sus queridas Escuelas. No pudo ya contener Mgr. Vestri las amaguras de su corazón, y contó al Papa las escenas de que constantemente era testigo, y le dijo que temía no fuesen á veces fundadas. El mismo José no sabía cómo concluir con aquello, pues siempre se le acusaba de que tomaba el partido de los Maestros.

Todas aquellas acusaciones tenían un fondo de verosimilitud que contristó grandemente al Papa, y, como le era muy caro aquel Establecimiento, quiso saber á qué atenerse. Por orden suya enargó Mgr. Vestri al P. Leonardo Giovanni que gozaba de gran crédito entre la nobleza, que extinguiese aquel fermento de discordia, haciendo cuanto estuviera de su parte, y sobre todo que apurase á José para que terminase pronto las Constituciones para aprobar lo antes posible la Congregación. Era el P. Leonardo Fundador de una Congregación de Clérigos Regulares de la Santísima Virgen, establecida en Luca. Aquel hombre de alta virtud estaba dotado de gran prudencia, y Clemente VIII se había servido de él frecuentemente y en asuntos de mucha importancia, en los que siempre había obtenido los mejores resultados. Bendijo San José al Señor por aquella elección: tenía en gran estima al siervo de Dios, y, si le hubieran dejado á él la elección, hubiera escogido al P. Leonardo. Pronto se dirigió éste á las Escuelas Pías, y no tardó en ver llegar no pocos caballeros de muy mal temple contra los Religiosos. Los recibió el mismo P. Leonardo, les mostró la trampa en que habían caído, y la injusticia de sus quejas, haciéndoles salir fácilmente de sus preocupaciones. En poco tiempo calmó aquella tempestad: todos quedaron contentos, y José obtuvo de él la promesa de enviarle algunos de sus Padres de la Madre de Dios para confesar á los alumnos la víspera de las Comuniones generales. Conservó nuestro Santo eterno reconocimiento al servicio prestado por el P. Leonardo: véase el testimonio de José en el proceso de su Beatificación: «Fué hombre de gran prudencia, y Clemente VIII se sirvió frecuentemente de sus consejos. Me acuerdo particularmente de que le escogió para pacificar las turbulencias suscitadas contra los maestros por los caballeros, cuyos hijos frecuentaban nuestras Escuelas».